

EL SEÑOR DE ECATEPEC.

AL SR. D. MARIANO ROJO.

ROMANCE I

El rey Toteotzin, tirano
Y señor de los chalqueses,
Á quien sus vasallos odian
Y adulan porque le temen;
Aquel monarca que en duro
Corazón albergó siempre
Del despotismo y la envidia
Las emponzoñadas sierpes,
Tras una sangrienta lucha
En que cetro y honor pierde,
Vencido al fin por las armas
De los mejicanos, muere.
Las vencedoras lejiones
Dividen, entre los reyes
De Tacuba y de Tescuco,
Que parte en la empresa tienen,
El botín y el señorío
Que su triunfo les ofrece,
Entrando á saco y á fuego
Cuanto á las manos les viene.

*
**

Con honda cólera Chalco
Sufre en silencio la muerte
Que le trajeron á un tiempo
Desventuras y reveses.

Al imperio de la fuerza
Hunde en el polvo la frente
Que tantos años erguida
Ciñó con verdes laureles.

Y el pueblo en masa, que nunca
Perdona cuando aborrece,
Jura vengar la victoria
De sus contrarios valientes.

Por eso do quier los busca,
Les hace cuanto mal puede;
Por eso, cual tigre fiero,
Ni se alimenta ni duerme.

Y en la ciudad y en el campo,
Traidora, cobarde, aleve,
Hay siempre en la sombra envuelta,
Ya oculta mano que hiera,

Ya una cuadrilla que roba,
Ó entre las llamas envuelve
Palacios y cementeras,
Que en ceniza se convierten.

Chalco, en fin, avergonzada,
Sufrir el yugo no puede
Del indomable caudillo,
Del rey poderoso y fuerte,

Del batallador insigne
Que el azteca imperio extiende,
Guerreando, del Sur al Norte,
Y del Levante al Oeste,

Sin que haya visto contraria
Nunca á la voluble suerte

Que el enmascarado rostro
Hacia todos vientos vuelve,
Moteuczoma Ilhuicamina,
En fin, cuyas bravas huestes
Después de cruzar los montes
Por breñales y pendientes,
En las arenas del Golfo
Virtieron su sangre ardiente,
Domando á los huexotzingos,
Venciendo á los cotasteses.

ROMANCE II

En una intrincada selva,
Cuando el matutino rayo
Del sol apenas alumbra
Las rejiones de su ocaso ;
 Cuando las aves del bosque
Sacuden el sueño blando,
Y al aire entregan el himno
De sus melódicos cantos,
 Omixtla, de Ecatepec
Señor, y del rey hermano,
En una celada preso
Fué con otros mejicanos.
 Inútilmente procuran
Defenderse en el asalto :
¡ Inútilmente ! las flechas
En el carcaj se quedaron,
 Y asegurados y quietos
De la sorpresa en los lazos,
También se quedan, rabiosos,
En las espaldas los arcos.
 ¡ Buena presa á los chalqueses
Les ha venido á las manos !
¡ Qué ha de decir Moteuczoma
Cuando cunda en sus estados
 La nueva, y cuando le anuncien
Que está en rehenes su hermano,
Y con acción tan villana
Sólo han querido injurarlo !

*
* *

Omixtla, en tanto, atraviesa
Con sus guardianes los campos,
Y en medio de los groseros
Denuestos del populacho,
Y del gozo de los grandes,
Cruza las calles de Chalco,
Donde á prisión le reducen
En un soberbio palacio.

*
* *

Con seductoras promesas
Se afanan en cautivarlo,
Y á su ambición y á su orgullo
Le brindan opimo pasto.
Le ofrecen el áureo trono
Que Toteotzin ha manchado
Con su sangre, y aquel cetro
Que fué del crimen amparo;
Y al ofrecérsele saben
¡ Ay, que el corazón humano
Es débil, y el alma ciega
Con el esplendor del mando!
Empero, Omixtla su oído
Cierra á mendaces halagos,
Su alma á locas ambiciones,
Y su corazón al fausto;
Y pródigo de grandeza,
Y de lealtad avaro,
De su conciencia el acento
Sólo escucha y el mandato.

*
* *

Cansado de las ofertas
De los chalqueses, cansado
De sufrir en las prisiones
Padecimientos y agravios;
Resuelto á poner un coto
Al afán de sus contrarios,
Omixtla, que sus designios
Oculta discreto y cauto,
Accedió al fin, pero puso
Por condición en el pacto
Que con los nobles celebra
Para ser su soberano,
Que en la gran plaza del Tianguis (1)
Se levantase muy alto,
Una estrecha plataforma
Donde sea coronado,
Para que mirarlo puedan
Sus jenerosos vasallos,
Y los que con él cayeron
Prisioneros en el campo.
Consiente el pueblo, gustoso,
Frenético de entusiasmo,
Y en medio de alegres vítores
Comienza á alzarse el tablado.

(1) Plaza del Mercado.

ROMANCE III

De gala están los chalqueses,
Y la multitud festiva
Hacia la plaza de Tianguis
Alegre el paso encamina.
El sol aparece, nuncio
De un claro y risueño día,
Y á la ciudad, coronada
De flores mil, ilumina.
No hay un semblante que ufano
Tributo al placer no rinda,
Ni hay un pecho que solloce,
Ni hay un labio que no ría.
Alienta el pueblo animoso
Que sus venturas publica
Y la esperanza recobra
Que ya juzgaba perdida.
El presente le sonrío,
El porvenir le acaricia,
Y en un oriente sin nubes
Un astro nuevo divisa,
Un resplandor, una aurora,
Que lo seduce y reanima,
Y en horizontes extensos
Con luz irisada, brilla.
Frustrado juzga el designio
Del terrible Ilhuicamina,
Y que al fin se ha roto el yugo
Que á Méjico lo esclaviza;
Eso esperan los que en Chalco

Sus descalabros olvidan,
Y en el futuro monarca
Su venganza y su odio fian.
Ya combatiendo al coloso,
Ó con él formando liga,
Sabrá devolver al pueblo
Su antigua soberanía ;
Sabrá las glorias tornarle,
La libertad, las franquicias
Que obtuvo en logradas horas
Y en más halagüeños días.

ROMANCE IV

Magnífico es el tablado
Que cubren soberbias telas,
Magníficas las columnas
Que su planicie sustentan.

Allí revueltas espiran
De la muchedumbre inmensa
Las olas, cual las del Ponto
En procelosa marea.

Y fluye hirviendo y refluye
En boca-calles y puertas,
Sin que haya dique seguro
Á su curiosa impaciencia.

Los mejicanos que fueron
Presos con Omixtla esperan
En torno á la plataforma,
Que su señor aparezca.

El huehuatl y el teponaztli (1),
En són acorde resuenan,
Y todo es zambra y contento,
Y todo algazara y fiesta.

* * *

Al fin Omixtla aparece
Con la comitiva rejía,
Y el pueblo en vivas prorumpe,
Y unánime aplauso truena.

(1) Instrumentos de música.

Omixtla adelanta grave,
Al pié del tablado llega,
Y sube él solo, llevando
Un ramillete en la diestra.

* * *

Llegado el solemne instante,
Llegada la hora suprema,
Parece el Tianguis desierto,
¡ Tan grande silencio reina!

Entonces de Omixtla altivo,
Ante las turbas inquietas,
Sus sentimientos en tales
Términos el labio expresa :

« Sabed, nobles mejicanos,
Sabed, guerreros aztecas,
Que los chalqueses me brindan
La corona de estas tierras;

Mas no permitan los dioses,
Y antes mil veces perezca,
Que haga traición á mi patria
Y al rey mi señor ofenda.

En más que la propia vida
Estimad la lealtad vuestra,
Y de tan grande enseñanza,
Ejemplo mi muerte sea. »

Al decir esto, hasta el borde
Del parapeto se acerca ;
Y ergue noble y majestuosa
La frente altiva y serena ;

Tiende al espacio la vista ;
Su pupila centellea...
Se arroja desde la altura,
Y el pueblo enmudece y tiembla.